

EL BANCO DE LOS RECUERDOS

¡La tercera! ¡Era la tercera vez que suspendía! El examen de acceso a la universidad no tenía por qué ser fácil, pero había que admitirlo: la universidad de Ciencias de Bilbao no se cortaba ni un pelo en sus pruebas de admisión. ¡Y pensar que llevo toda mi vida estudiando para esto! Aún recuerdo que los exámenes del colegio podían ser aprobados sin estudiar. ¡Qué ignorancia la mía al pensar que toda mi vida sería así! Triste y con depresión para cinco personas, me fui a mi apartamento: era estrecho y la vecina de al lado ponía los estéreos a tope. Olfía mal y solo tenía un dormitorio-baño y una cocina que daba pena. Mi presupuesto no era muy alto, y tuve que conformarme con esto, pero es lo más parecido que tengo a un hogar desde que me marche de mi casa. <<De aquí a cinco días me harán una recuperación>>, me decía para animarme.

Al día siguiente me desperté de muy buen humor: comí unos cereales, me empollé medio diccionario de Bioquímica y, como no quedaba agua, me fui a comprar. En el supermercado la espera fue eterna: cuando me tocó mi turno, la caja se estropeó y esperé inmóvil a que la repararan. Después, me fui al parque, a sentarme y a contemplar a los pájaros. Me llamó la atención un hombre mal vestido y con el pelo largo y grasiento, observando a unos niños que jugaban con una pelota. Me acerqué a él y hasta me senté con él en un banco viejo y roñoso. No intercambiamos palabras hasta que se fue, y me dijo: <<Nos vemos en este mismo banco en una hora>>. Y se marchó. Yo, con la intriga a flor de piel, no desobedecí sus palabras y a la hora siguiente me quedé frente el banco. Como tenía sueño, me senté y cerré los ojos. Cuando desperté vi a mi primo: estaba como la última vez que le había visto hacía diez años: un poco gordito y con aquellos mechones rubios. No había crecido. Estábamos los dos juntos en la playa, con el bañador puesto y la crema solar en la espalda. Empezamos a jugar juntos y sin saber por qué, hicimos castillos de arena y nadamos entre las olas. Cuando desperté, volvía a estar sentado en aquel mismo banco que, a mis ojos ya no era ni viejo ni feo: era mágico.

Día tras día fui al parque a la misma hora: no encontraba al hombre, pero cuando cerraba los ojos en aquel mismo banco, retrocedía tiempo atrás: mi primer día de colegio, cuando me mudé a mi antiguo barrio, aquella excursión con la clase en el zoo, aquellos días soleados entre las olas y aquellos días blancos en la montaña. Hasta que llegó el día que volví a ver una imagen que no quería ver: un recuerdo erróneo que en su día desterré en la penumbra. El comiéndose la casa a mordiscos, los bomberos, como un escuadrón de hormigas luchando contra las llamas y yo, entre los brazos de mis padres viendo cómo la casa de mis tíos ardía. Al día siguiente me habían dado la mala noticia: nunca más volvería a ver sus mechones rubios. Cuando me desperté, el hombre de pelo grasiento me miró con indiferencia y me dijo:

-Los recuerdos nos hicieron progresar como especie, pero quedarnos en nuestro paraíso pasado es sinónimo de perdición. Mi trabajo es hacer recordar como de doloroso es vivir en el pasado. -Y se fue-.

A partir de ese día, me centro solo en mi presente: en mi trabajo en la universidad, en mi hogar y en mis hijos y ser querido. Recordar el pasado es algo duro. Mejor hacerlo con ellos contándoles mis experiencias de la vida.

Ocarina of time
1r